

## Premio Nacional de Cuento, orgullosamente juarense

Margarita Salazar Mendoza\*



John Wesley Hardin, “Dedos Fríos”, es uno de los cinco pistoleros más famosos del Viejo Oeste del no tan lejano siglo XIX —entre los que se encuentran Billy The Kid y el mexicano Joaquín Murrieta—. Hardin escribió su autobiografía bajo el nombre de *Vida de John Wesley Hardin, escrita por él mismo*. Él es el protagonista del primero de los cuentos que integran el libro *El hombre que mató a Dedos Fríos*, de Elpidia García Delgado,<sup>1</sup> por el cual obtuvo

el Premio Nacional de Cuento “Amparo Dávila”, otorgado por el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Yo agruparía junto a ese primer relato del libro, “La venganza de La Cascabel”. Ahí aparece un personaje a quien apodan El Ojo de Vidrio, que de inmediato nos remite a Porfirio Cadena, el protagonista de la radionovela mexicana escrita por Rosendo Ocaña que tuvo gran éxito en México y que forma parte de la Época de Oro de las radionovelas en todo el mundo. En este mismo relato leemos: “Gonzalo trabajaba en el establo del Ojo de Vidrio”, y esto nos recuerda otra historia, la del protagonista en la película *Los tres entierros de Melquiades Estrada* (2005), dirigida por Tommy Lee Jones y escrita por el mexicano Guillermo Arriaga.

En cuanto inicia “Cola de lagartija” nos enfrentamos al desierto con la mención de Samalayuca y las plantas de gobernadora, razón por la que es factible afirmar que el ambiente

Fecha de  
recepción:  
2019-02-21  
Fecha de  
aceptación:  
2019-03-12



084

\* Docente  
investigadora de la  
UACJ.

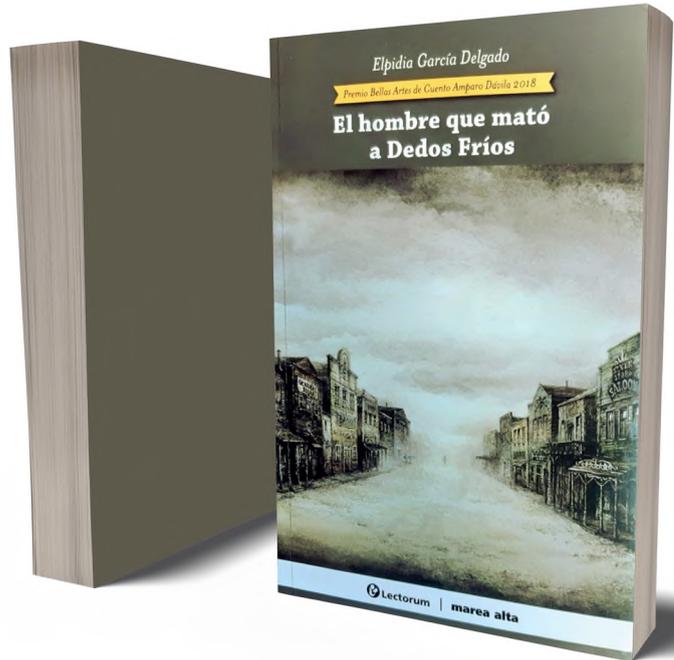
<sup>1</sup> Ciudad Jiménez, Chihuahua, 1959.

de Ciudad Juárez fue la fuente de inspiración de la autora, quien lo llevó al papel mediante la transformación literaria.

Luego, otro grupo de cuentos: “Catarata azul”, “Habitación 121”, y “Peregrinos”, están interrelacionados por un mal asunto, las mujeres desaparecidas. En “Catarata azul”, una joven es buscada por su madre, quien ingresa a la Policía Municipal para investigar. En la “Habitación 121” somos testigos de la obsesión del protagonista: “matar al asesino de su hija”. La protagonista de “Peregrinos” espera el regreso de su hija Yolanda, desaparecida. Muy lamentable es el hecho de que la mujer, cuando otra le pregunta que si conoce al secuestrador de su hija, ella conteste: “Sí, cómo no. Era del barrio, trabajaba para un cártel. Lo vieron que se llevó a Yolanda”.

Cambiamos de tema y vayamos a “Vanessa en su clepsidra”, cuya protagonista es una mujer de “setenta y nueve años”, que un día tuvo que ser hospitalizada. Ella “comprobó la ineluctable marcha de la existencia con la caída del primer molar después del nacimiento de su hija. Después, con una colitis que se volvió crónica. Al ver las arrugas surcar el contorno de sus ojos. Más tarde, al llegar la menopausia, y finalmente, con los males que se acumularon”.

Otra historia de una mujer, pero ésta en plena juventud, es la de “La Peligrosa” y su relación con Damián Mar-



Elpidia García Delgado, *El hombre que mató a Dedos Fríos*. Lectorum, Ciudad de México, 2018, 116 pp.

tínez, su jefe, un empleado bancario, un hombre que “Estaba embrujado y no quiso saber hasta dónde lo arrastraría el influjo”, y que pone en riesgo todo lo que hasta ese momento consideraba su orgullo: su familia. Algunos elementos de este cuento lo ligan a otros relatos del libro, precisamente por su escenario y el ambiente.

Por cierto, “Los últimos días de Pompeya” nos recuerda, por la exactitud del título, la novela de Edward Bulwer-Lytton, publicada en 1834, de la que hay una homónima, histórica, de la escritora rusa Vasiliévna Salias, de 1883. También aquí vemos una historia similar a la anterior (“La Peligrosa”), el hombre con familia que alteró su vida por otra mujer. La diferencia entre éste y el relato anterior es que Ema, la esposa de Damián, el banquero, es un personaje ambiental, más bien secun-



dario, una mujer abandonada y que se resigna a su situación, pidiendo el divorcio; en este otro, Pompeya se ha convertido en una mujer no deseable, que pierde definitivamente en la comparación que Darío, su esposo, hace con Elena, su amante de 24 años, de quien está profundamente apasionado y a quien no quiere perder. De ahí su plan.

“Cerrajero del amor”, una sencilla historia de amor, nos introduce en la costumbre tan extendida —a raíz de la publicación de las novelas *A tres metros del cielo* y *Tengo ganas de ti*, del italiano Federico Moccia—, y tan de moda, de colgar un candado en los puentes de diversas ciudades del planeta, como muestra de amor. Grandes ejemplos son el Pont des Arts, París, un puente sobre el río Rin a su paso por Colonia y los de Venecia, —Rialto, San Marco y el de la Accademia—.

Nos pasamos ahora a “Pintor del mar”, un guiño de transtextualidad, la interrelación entre diversas formas de la manifestación artística. El protagonista es un pintor francés, quien vive en la calle Poseidón. Idalia, una joven mujer del barrio a donde recién se ha mudado la narradora, le habla de los diversos vecinos, incluso de su novio, quien vive “donde la Tritón cruza con la Clío”, y sí, aquí en la ciudad encontramos ese cruce. La voz narrativa nos dice de su “aspiración de ser pintora” y que su “padre era crítico de arte y publicaba sus reseñas en la Revista *Época* y en *Artes de México*”. Lo interesante es que nos remite a la época en que aquí

en Juárez se vendían los cuadros en panilla. De esa labor surgieron Adriana Peña y Enrique Ramírez, pintores juarenses bien conocidos en el ambiente.

Avancemos con “Rivales”, cuya historia se plantea dentro de una situación muy común en esta ciudad fronteriza. La siguiente expresión resulta familiar: “Con veinte años trabajando de criada en El Paso, yo ya entendía y hablaba un poco de inglés”. Lo cual es muy notorio en muchas personas de Ciudad Juárez, precisamente por ese contacto laboral, pienso, por ejemplo, en los trabajadores de la construcción que hasta la fecha cruzan constantemente el puente internacional bajo la mirada que conoce, tolera y aprueba la situación. Muchos de esos trabajadores viven en la periferia y muchas mujeres seguramente podrían decir como la protagonista: “Tantos años acostándome con él, aceptando ser la segunda, para que me ayudara con la renta y los gastos de la casa y de mis dos hijos”. Sabemos que bastantes de esas mujeres contrajeron matrimonio con sus empleadores o con otros individuos residentes de El Paso. Este relato tiene un final inesperado, pues es sólo hasta el final que conocemos la identidad de su interlocutor.

Ahora el “Gran final”, un texto metaficcional. Y por cierto, en esa ficción aparece César Peniche, ¿en alusión al Fiscal General del Estado?, ¿en son de burla?, ¿una analogía sarcástica? “La trayectoria y calidad actoral de César Peniche había traspasado las fronteras de México. [...] consciente de la atrac-



ción que ejercía en hombres y mujeres”, ¿son esas sus características? La escena ridícula, risible, sobre la caída de un diente, es hilarante.

Y ya para terminar, en “La caja”, la voz narrativa empieza recordando: “vivíamos allá por La Piedrera”. La Piedrera, lugar muy famoso aquí en Juárez, al poniente, estuvo relacionado con la contaminación con Cobalto 60, material que se envió a algunas fundidoras de la región, en donde lo mezclaron con el metal en varillas para construcción, y que accidentalmente fue detectado por instrumentos en un laboratorio ubicado en Los Álamos, Nuevo México, en un cargamento de varilla de construcción que casualmente pasaba por ahí. Luego vino toda la indagación... En la historia se cuestiona si el entorno entorpeció la vida de un grupo de adolescentes, terminó con la muerte de un niño y el encarcelamiento de un amigo. Todo ello ocurriendo entre una geografía y un ambiente que a nosotros también nos hará pensar en ese sentido. El naturalismo y su marco, el determinismo, explican el alcoholismo y las drogas en los jóvenes que no logran salir de un contexto duro, que nos recuerda el de nuestra ciudad. Este es un buen cuento, texto corto, con dos personajes, uno que habla y uno que escucha, sintético, con ritmo.

“Lazo amarillo” es el cuento que cierra el libro, y mantiene el tono de “La caja”. En ambos el discurso fluye con naturalidad. Definitivamente estos dos últimos cuentos son un gran cierre.

Después de treinta años de laborar dentro de la industria maquiladora de Ciudad Juárez y, toda vez que dejó de hacerlo debido a los recortes de personal que tales empresas llevan a cabo de tanto en tanto, Elpidia García, con una amplia experiencia en ese mundo de trabajo, empezó a plasmar sus percepciones en su blog *Maquilas que matan*, un espacio en el que por diez años se dejó oír la voz de una mujer, una voz que expresaba lo que muchas mujeres de ese ambiente percibían.

Luego, dirigió sus esfuerzos creativos a la escritura. Los inicios de su creación reflejan muy bien el mundo de las maquiladoras. Posteriormente se diversificó y su propuesta estética se amplió al incursionar en la microficción. Se ocupó, asimismo, de historias con temas sociales propios de la ciudad mexicana fronteriza y norteña. Su quehacer literario continuó expandiéndose para inscribirse en géneros tales como el de los cuentos infantiles, la narrativa negra e, incluso, en la escritura con temas de influencia de la antigüedad clásica.

Así, su trabajo literario ha escalado posiciones hasta alcanzar el prestigiado Premio Nacional Bellas Artes de Cuento “Amparo Dávila”, otorgado por la Secretaría de Cultura y el Gobierno del Estado de San Luis Potosí, en el 2018. Celebremos pues, este Premio Nacional que Elpidia ha traído a los juarenses, y congratulémonos de que galardones de tal prestigio estén llegando a nuestra ciudad. 

